



LA CIUDAD DE BARCELONA  
EN TIEMPO DE LOS  
REYES CATOLICOS

Por FELÍO A. VILARRUBIAS





R. 8.294

## I. — ANTECEDENTES POLÍTICOS

La historia de la Barcelona medieval es una proseguida lucha entre el mercader y la casa real, defensa de privilegios anárquicos y mantenimiento de las prerrogativas de la Corona; rivalidades entre las clases consagradas por el antiguo Derecho romano, víctimas del fenómeno social que iba apareciendo en todas las ciudades de Europa, al nacer en el seno mismo de la sociedad feudal — constituida por tres clases de miembros: *casa real*, *nobles* y *siervos* — una nueva clase: *la burguesía*.

Ésta se fortalecía a medida que los antiguos siervos adquirían una mayor libertad frente a las familias nobles; y el comercio, en grande escala, se hacía indispensable para facilitar un mínimo de comodidad a la sociedad de su tiempo. El papel de la burguesía adquiere extraordinaria importancia en cualquier historia que estudiemos, y Barcelona, por su condición de capital, unas veces abandonada y saqueada, otras reconquistada, pero siempre en primer plano, pugnaba además para que esta su misma situación preeminente no fuese transformada ventajosamente en interés de la Casa real y en detrimento de sus intereses.

Situada Barcelona en la orilla oriental de la Península hispánica, frente al mar de la civilización latina, no podía sustraerse al influjo que este mar tiene sobre cuantos pueblos habitan su litoral. Por ello tendió a lanzarse a dominarlo, para asegurarse la hegemonía comercial y política que la colocase a cubierto de cualquier contingencia, ya fuese contra los árabes o los piratas que pululaban incesantemente por aquel mar, a la vez que asegurar el fácil despliegue de sus galeras por el Mediterráneo, en campañas de paz o de guerra, pero siempre tremolando el pabellón de la ciudad, símbolo de laboriosidad y tenacidad. Y he aquí el fenómeno; frente a ella en la Península italiana hállanse unas ciudades que van surgiendo nuevamente de entre las ruinas del Imperio romano. Y estas ciudades, con características exactas a las de Barcelona, adquieren rápidamente prepotencia y preponderancia hasta convertirse a lo largo de numerosos

decenios en reinas y señoras de todo el Mediterráneo; estas ciudades son Génova, Pisa, Venecia, etc. En ellas pulula un numeroso y abigarrado conjunto de mercaderes, banqueros, judíos y aventureros, todos ellos ávidos y sedientos de riquezas, que a cualquier empresa del espíritu anteponen el comercio, estableciendo tratados con fieles e infieles independientemente de los intereses naturales del país y de la Cristiandad. Dos métodos buscan de expansión: el marítimo y el terrestre; el marítimo, buscando el dominio absoluto de los puertos de Oriente y del norte de África, desde los cuales poder introducir en Europa telas preciosas, púrpuras, perfumes, trigo y aceite. Y por vía terrestre, al revés, es la infiltración en todos los mercados de Europa de los productos mencionados, pero manipulados ya, y de los cuales todas las ciudades de Europa estaban carentes. A dicho fin se formaron compañías de mercaderes que se unían en caravanas con doble finalidad: primera, la de formar un numeroso cortejo que evitase el asalto de los bandoleros, y segunda, poder celebrar ferias, periódicas en las diferentes localidades, las cuales se repetían en la misma fecha todos los años, de las cuales en nuestra tierra, a través de siglos, perduran todavía, aunque ya diluídas y con poco crédito, las típicas «firas». Y asimismo, nació en Venecia el primer Banco hacia finales del siglo XIV, cuando verdaderamente aquel trasiego de compra y venta requería grandes sumas y facilidades monetarias, que solamente una empresa organizada podía responder.

Mientras en Italia estas ciudades adquirían fama, Barcelona no tarda en conocer situaciones políticas difíciles, épocas tristes como las del reinado de Juan II, cuando, entre el 1461 y 1472, encendida la guerra civil en Cataluña, pero en realidad por la ciudad de Barcelona, en ésta son proclamados, desde la muerte del príncipe de Viana, los siguientes reyes: en 1462, el barcelonésimo Consejo de Ciento y la Diputación General de Cataluña proclaman Rey a Enrique IV de Castilla; en 1463, al Rey Pedro de Portugal; en 1466, a Renato de Anjou, dando el mando

del ejército a duques y generales franceses; después, tirantes las relaciones con el de Anjou, se pensó en proclamar la República, y finalmente, cuando todo estaba perdido, se pensó en constituir la Ciudad-Estado.

Todo ello, pues, contribuyó a que cuando Fernando I el Católico llegase a Barcelona, en 1479, halle una ciudad hundida, con una crisis económica que reducirá el número de sus habitantes y el poderío comercial y marítimo de la misma. ¿Qué se había hecho de aquella ciudad que había sido la capital de aquella empresa de Roger de Flor con sus ocho mil almogávares partiendo hacia Constantinopla para ayudar al Emperador Andrónico junto con los Berengueres de Entenza y de Rocafort, a cuyo paso Mesina, Constantinopla, Morea se iban incorporando a la gran Confederación catalano-aragonesa? ¿Y de aquella ciudad que en los siglos XIV y XV llega a tener consulados en todos los puertos y ciudades mediterráneos, cuya enumeración iniciamos para dar una idea de su importancia y de

su extensión: Caller, Arles, Oristán, Nápoles, Agrigento, Tropeo, Alejandría, Saona, Catania, Berra, Martigues, Famagusta, Palermo, Génova, Algüer, Marsella, Candís, Medina, Pisa, Malta, Constantinopla, Niza, Trapani, Siracusa, Roma, Málaga, Sevilla, Gaeta, Almería, Venecia, Trípoli, Alexio, Montpellier, Florencia, Liorna, Sena, Ragusa, Otranto, Túnez y Damasco, entre otras, transformándose así en la primera potencia marítima y de la Cristiandad?

Siguen después de este admirable régimen de Consulados, el propio Consejo de Ciento con sus instituciones peculiares, «Giatge de Vitualles», «Vis Vel Graba», «Almotacería» y después la «Taula de Canvi», que fué el segundo Banco del mundo, siguiente al ya mencionado de Venecia. Sigue la Lonja, que adquiere de año en año más y más importancia, pero de entre todas éstas la que va destacándose es la Diputación del General de Cataluña, que constituida como un órgano permanente de administración por privilegio real, se va transformando poco a poco en



unas Cortes permanentes de gobierno, regidas por los tres brazos o estamentos: eclesiástico, militar y civil, con lo cual su esfera de gobierno va siendo cada vez más sólida, extensa y autoritaria.

Cuando tiene lugar el matrimonio en la forma novelesca y romántica que todos conocen de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, Barcelona se encuentra en el estado que los hechos mencionados la ha reducido. Si a ello unimos: 1.º, que desde 1416 a 1458, bajo el reinado del Magnánimo, Nápoles fué de hecho la capital de la Confederación de la Corona de Aragón; 2.º, que en el terreno eclesiástico, el arzobispado de Zaragoza desplaza a Barcelona, al extremo de

que la coronación de los reyes de la Confederación se efectúa en la Seo de Zaragoza; 3.º, que la pujanza de Valencia, favorecida por los monarcas y por su situación geográfica, va adquiriendo una potencia marítima extraordinaria, y 4.º, que en lo cultural, Valencia es la heredera inmediata de Barcelona, ya que incluso los Consistorios del «Jocs Florals» se desplazan a la Perla del Turia, hasta ser denominada: la Atenas de la Corona de Aragón. Además de estas circunstancias, debemos unir: el alzamiento de los payeses de Remença y las luchas internas de la ciudad entre los grupos Busca y Biga, que agrupaban los ya eternos rivales del partido democrático y del partido aristocrático.

## II. — DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD

Tres recintos amurallados forman el subsuelo de la ciudad antigua; desde el romano hasta la última muralla construída aproximadamente por la trayectoria que forman las actuales rondas de Barcelona y que circundan todo el casco de la ciudad vieja. Estas tres etapas ampliadas desde el núcleo central de las murallas romanas, que aun hoy subsisten, y que formaron la célula primitiva de la colonia romana, la cual, con el transcurso de los siglos, se vió engrandecida por pequeños núcleos urbanos, quienes adquirieron pronto tal importancia, que fué necesario abrir nuevos portales y derruir lienzos enteros de murallas para formar con dichos arrabales una sola ciudad, alargándose así las murallas a lo largo de las actuales Ramblas.

No obstante, con este gran paso dado para el engrandecimiento de Barcelona no se hubo resuelto el problema, ya que nació una nueva ciudad a lo largo del camino general de Lérida y Zaragoza, y, por ende, que conducía a Poblet, panteón real de los monarcas de la Confederación, que arrancaba del portal enclavado aproximadamente en el Llano de la Boquería y que seguía por lo que actualmente es la calle del Hospital, hasta unirse, a la altura de la Cruz Cubierta, con la conocida y actual carretera de Tarragona.

A ambos lados de lo que debería constituir con los siglos la actual calle del Hospital, se constituyeron núcleos de población, compuestos de comerciantes y artesanos, que engrandecieron, en un esfuerzo admirable, la ciudad, hasta los

huertos que se extendían al pie de la montaña de Montjuich, con lo cual obligaron a levantar un tercer y último recinto amurallado, que, como indicamos, forma el actual recorrido de las rondas barcelonesas; y por el lado sudoeste de la ciudad, extendióse, a lo largo del barrio de Ribera — Santa María del Mar —, hasta alcanzar las inmediaciones del actual parque de la Ciudadela.

Delimitado así el espacio urbano de la ciudad, comprenderemos perfectamente el trazado y la importancia principal o secundaria de muchas de sus calles, la situación de sus edificios públicos, ya sean civiles, eclesiásticos o militares. Constituía a la sazón, el núcleo de viviendas, 7,160 casas, con un total de 40,000 habitantes, según estadísticas de Safont, en 1463, y transcritas en el dietario de la Generalidad.

La ciudad estaba organizada al estilo medieval, o sea la Casa Municipal y los gremios, o sea por estamentos, forma racional de gobierno que debía perdurar en la «Deputació del General de Catalunya». Los artesanos estaban agrupados en los seculares gremios, cuyas características conocemos en detalle por numerosas relaciones de época, los cuales, además del Santo Patrón, Cofradía y fiestas patronales, tenían su propia casa, y, en la Catedral, altar y sepultura, como podemos aún ver en nuestros días, incluso en las lápidas que cubren el suelo del claustro. Lo importante es destacar que los artesanos vivían agrupados por oficios en determinados barrios, de lo cual queda vivo testimonio en la

nomenclatura de las calles, por ejemplo: Platers, Argenter, Boter, etcétera, y también formaron un núcleo los artesanos curtidores a lo largo de la Acequia Condal, en lo que hoy es San Martín de Provencals, ya que aprovechaban este sistema de canalización para sus industrias.

El Consejo de Ciento, con su «Conceller en Cap» al frente del Concejo, todos revestidos con sus gramallas de púrpura y su birrete, formaban lucidos cortejos que acudían a honrar los actos públicos de la ciudad o se trasladaban a sus cercanías para recibir a los ilustres visitantes, ya fuesen de alcurnia real o bien personajes famosos de la época.

El elemento eclesiástico, formado por numerosas órdenes religiosas y monásticas, tenía su núcleo principal, como es de suponer, en la Catedral y en la numerosa y famosa canonjía de la misma, de la cual había salido un día un canónigo camino de la Tiara con el nombre de: Papa Luna. La Catedral, comenzada en el siglo XII sobre las ruinas de la segunda Catedral, destruida por Almanzor, se vió terminada en el siglo XV, a excepción de la fachada, que lo fué en el siglo XIX. Junto a los canónigos, las Órdenes a la sazón más importantes en la ciudad eran los Dominicos y los Franciscanos, siendo de los Dominicos el antiguo Convento de Santa Catalina, hoy transformado, por la brutal amortización liberal del siglo pasado, en mercado, y de los Franciscanos, el convento que ocupaba la actual plaza de Medinaceli, en el cual tenían lugar las Cortes reales durante las visitas de los reyes a Barcelona. Los Monasterios de San Pedro de las Puellas y San Pablo del Campo, al extenderse la ciudad, formaron parte del núcleo urbano, perdiendo así su recogido aislamiento propio para la vida contemplativa; no obstante, por todo el llano de Barcelona se extendían numerosos conventos y monasterios, entre los cuales merece destacarse en forma principal el de las monjas cistercienses de Vall-doncella, en cuyo monasterio se alojaban los monarcas la noche anterior de su llegada a Barcelona y lo repetían a su partida; en este histórico monasterio se unían al cortejo real los Consejeros de la ciudad para preparar la triunfal entrada de los monarcas en la misma.

La vida religiosa centraba naturalmente la atención de la época, ya que todos los estudios superiores estaban a cargo de eclesiásticos, a excepción de la disciplina médica, que por concesión de Martín I *el Humano* se constituyó independiente. Aquí también es interesante hacer destacar que mientras Lérida y alguna otra población adquiere importancia por su Universidad, Barcelona carece de ella hasta el año 1536. ¿Y por qué razón no posee Universidad Barcelona, a pesar de su extraordinaria importancia, cuando Salamanca, Alcalá de Henares, Lérida tienen famosas universidades? La contestación es la siguiente: El Rey Martín *el Humano*, en 1398 y 1408, acordó que en la ciudad de Barcelona se estableciesen Estudios Generales, pero el Consejo de Ciento acordó que dichos estudios no fuesen aceptados, y la ciudad no debía asentir que los hubiese por «dos perills i escàndols que sa en podien reportar»; luego, Alfonso V *el Magnánimo*, en 3 de septiembre de 1450, otorga la real cédula estableciendo en Barcelona: Estudio General de Teología, Derecho Canónico y Civil, Filosofía, Artes Liberales, Medicina, etc. (ésta ya funcionaba), y en 30 de septiembre de 1450 el Papa Nicolás V firmaba, en la ciudad de Asís, la Bula de concesión de tan anhelado privilegio. A pesar de todo esto, las concesiones reales y pontificias no cuajaron en la ciudad, quedando registrado en sus libros oficiales, pero hasta el año 1536 no se inauguró «els Estudis Generals» de Barcelona.

En este orden también es importante destacar la gran importancia de las procesiones de Corpus en la vida ciudadana y religiosa de Barcelona. La procesión de Corpus, además de movilizar todos los estamentos de la ciudad, movilizaba a los artistas, a los músicos, llegando a formar un cortejo de cien pasos, propiedad del Ayuntamiento, la Catedral, de la Colegiata de Santa Ana, de la Iglesia de la Merced, de Santa Eulalia del Campo, de Santa María del Mar, etc., y formando un lucido cortejo en honor de la Eucaristía, en el que figuraban además grupos folklóricos, cuales el Dragón, el Buey del Gremio de Carniceros, «els Cavalls de Cartó» y los Turcos, recordando alguno de ellos la actual «Patum» de Berga.

La Custodia de la Catedral, exactamente igual que en nuestros días, salía entronizada sobre la Silla del Rey Martín *el Humano*.

En tres manifestaciones públicas se expansionaban los barceloneses: en los torneos, que en estampa llena de colorido y de movimiento tenían lugar en la actual plaza del Borne y a lo largo de las Ramblas, cuyo acontecimiento atraía grandes contingentes de público que presenciaban, ávidos de curiosidad, tales lances bélicos. Seguían a éstos los concursos de balletas (las cuales tenían gran fama, porque la república de Venecia las compraba desde el

siglo XIV); finalmente, adquirirían grande fama los Juegos Florales, bajo el reinado de Juan I *el Cazador*, figura delicada, que transformó, con artísticas influencias arribadas de Italia, su Corte en un verdadero Parnaso, y cuya alabastrina esfinge, que cubre su sepulcro en el panteón real de Poblet, denota unas facciones suaves y tiernas, como debía ser aquel Rey a quien sus contemporáneos le denominaban «el aimador de la Gentilesa».

En este siglo XV tuvo lugar el remate de los nobles edificios góticos que aun subsisten en nuestros días, como monumento perenne del gusto de una época y grandeza de unas instituciones. Los palacios a que me refiero en el orden particular están a lo largo de la actual calle de Moncada; otros, desaparecieron cuando la Reforma de la Vía Layetana, y algunas construcciones sueltas existen en algunas calles del casco viejo. Un ejemplo de ellas es la Casa Padellás, actual sede del Museo Histórico de Barcelona. Naturalmente que aquí podríamos mencionar los diferentes monumentos que se fueron construyendo en los siglos XIII, XIV y XV, pero ello escapa de nuestros propósitos.

Hasta el año 1477 el puerto de Barcelona no existía como a tal, sino que se aprovechaban dos fondeaderos situados a ambos lados de Montjuich y constituídos por unos bancos de arena que crecían con los apoyos laterales de las aportaciones de los ríos Llobregat y Besós, formando unos canales de hasta 17 pies de profundidad, que eran aprovechados para fondear las numerosas naves que llevaban y traían floreciente comercio, tanto es así, que ni la expedición de Jaime I ni la de Pedro III pudieron salir de las playas de Barcelona, sino de las de Salou y desembocadura del Ebro.

Bajo el reinado de Alfonso V *el Magnánimo*, el Consejo de Ciento, en 1438, mandó a Nápoles, donde a la sazón se encontraba el Monarca, una embajada solicitando la construcción de un puerto digno de la importancia de la ciudad. Se obtuvo la protección real y se consiguió que el día 2 de agosto de 1439 el Conceller en Cap Guillermo de Soler colocase la primera piedra de lo que había de ser puerto de Barcelona. No obstante, todos estos esfuerzos no consiguieron nada positivo hasta el año 1477, en el que se empezó la construcción definitiva del puerto de Barcelona. Naturalmente que este esbozo de puerto con el transcurso de los siglos fué modificado hasta convertirse en el puerto actual, pero fué en el período de 1477 a 1484 cuando estas obras adquirieron la importancia que el puerto requería.

En cuanto al orden civil, los edificios vitales son: los ya nombrados del Consejo de Ciento, el Palacio del General, La Lonja, la Canonjía, todos ellos situados en la parte más primitiva de la ciudad. De aquella época data el maestro Jordi de Déu y su hijo Pedro Joahn, que labró la fachada gótica de la Diputación.

Y finalmente, estaba en su prístino esplendor la actual plaza del Rey, formada por el Palacio Real y la Capilla de Santa Águeda, o sea la Capilla real construída por Jaime II.

### III. — LOS REYES CATÓLICOS EN BARCELONA

En este escenario ocurrieron grandes acontecimientos; el primero es la entrada en Barcelona de la Reina Isabel, en julio de 1481, cuya visita y estancia ha dejado grato recuerdo en el *Libre de Solemnitats* de la Casa de la Ciudad. El ritual para entrar en Barcelona los monarcas consistía en desplazarse a Molins de Rey los comisionados siguientes: Consejeros, el Veguer, el Baile y comisionados de la Lonja. En nuestro relato, ocurrió ello el día 26 de julio de 1481. Este cortejo escoltó a los soberanos hasta el Convento de Valldoncella, donde pernoctaron, haciendo al día siguiente su entrada triunfal en Barcelona. La entrada se hacía por el portal de San Antonio, flanqueado por los dos torreones de San Ivo y San Urbano, situados frente a las ya mencionadas huertas del llano de Montjuich. Seguían por la actual calle del Hospital, desembocaba en las Ramblas y desde allí hacia la Seo de Barcelona, para hacer su entrada en el Palacio Real.

Este conjunto, único en su estilo, que forma la Seo barcelonesa con la Casa del Arceidiano, la Casa de la Canonjía, el Palacio de los reyes de Aragón, la Capilla real de Jaime II, el Palacio del General de Cataluña y el Palacio del Consejo de Ciento, vistió aquellos días sus mejores galas. Los balcones cubriéronse de ricos tapices, y las rejas de las ventanas, con flores;

en lo alto de las torres de las murallas, banderas con gallardetes, y en el mirador del Palacio del Rey Martín, el estandarte real con las cifras de Fernando e Isabel. Por la noche, la ciudad, iluminada por centenares de antorchas, era un espectáculo grandioso; a su luz, las gramallas de los Concelleres de la ciudad parecían púrpura.

Copiamos del *Libre de Solemnitats*, de Barcelona, que la Reina iba ricamente ataviada y ceñía su cabeza una corona de oro, perlas, diamantes y rubíes, y que al llegar a la mencionada puerta donde estaba preparado un ingenioso mecanismo de cielos y efigies varias, descendió del mismo una muchacha, que representaba a Santa Eulalia, la cual recitó la siguiente poesía:

«Pues ha disposat la Magestat Divina  
Visitas Vós sta ciutat famosa,  
vullau mirar, senyora virtuosa,  
los mal que tant la portan a ruina.  
Sper en Déu la vostra Barcelona  
en un moment per Vós serà tornada,  
vivificada  
e prosperada.  
Mas cogitau, regna tal desitjada,  
darne rahó a Déu que hos ha creada.»

Los actos y festejos que se hicieron con tal motivo fueron extraordinarios. Junto a Atarazanas desfilaron veinticinco gremios de la ciudad, ofreciendo todos ellos ricos presentes a la Reina; se entonó en la Santa Catedral un solemne Tedéum, y por la noche todas las montañas que coronan la ciudad aparecieron vestidas de hogueras.

Esta visita real fué verdaderamente para los barceloneses un camino abierto a la esperanza después de las catástrofes sufridas. Ciertamente fué así: de 1481 a 1492, que tuvo lugar la segunda visita de la Reina a Barcelona, se desarrollaron una serie de importantes esfuerzos por parte del Rey Don Fernando para contribuir al resurgimiento de la ciudad. Para ello, lo primero que hizo fué intervenir en el Consejo de Ciento, dictando una serie de disposiciones en favor de la exportación de paños a Sicilia, de la pesca del coral, así como la otorgación de inmunidades a los comerciantes barceloneses y una famosa carta al Virrey de Sicilia por la que le obligada a proteger el comercio de Barcelona con dicha isla.

Todas estas medidas, reforzadas además con unas reformas internas del propio Consejo, lograron que desapareciese el débito que tenía el Municipio barcelonés, de 40,000 libras, amén de que el censo pasase, de las 4,000 viviendas a que quedó reducida después de la guerra civil, a 6,372. Finalmente, la reforma monetaria de la circulante en Barcelona, que se logró situar a tenor del momento vigente.

Durante su reinado, los Católicos estuvieron en la ciudad en los años siguientes: 1479, 1480 y 1481, 1492 y 1493, 1495, 1503, 1506, lo cual da medida exacta del gran cariño que profesaron a Barcelona, y más teniendo en cuenta las dificultades de transporte y los gravísimos problemas que pesaban sobre la corona en aquellas décadas, cuales: el descubrimiento de América, las campañas de Italia, Navarra, las de los piratas del norte de África y la liquidación de la guerra de Granada.

Durante la estancia del año 1492 a 1493, en la que tuvo lugar el recibimiento de Cristóbal Colón, hay que señalar el atentado que sufrió el Rey Don Fernando en la plaza del Rey, al ser gravemente herido por una puñalada, al ir a montar en una mula, después de haber administrado justicia en la «Sala Gran», «aula maior Valacii Regii» del Palacio Real, mal llamada «Tinell» en nuestros días.

Tardó muchos días en restablecerse de la gravísima herida, y Barcelona, al clamor de los gremios, organizó cotidianas procesiones rogando a Dios por el restablecimiento de su Soberano.

A mediados del mes de abril del año 1493 se recibió noticia, en la Ciudad Condal, de que Colón, tras derrumbar, en nombre de la Santísima Trinidad, las columnas de Hércules en busca del más allá, había desembarcado en Sevilla y se dirigía a rendir pleitesía a sus soberanos, que a la sazón residían en Barcelona. Conocedores los Consejeros de la ciudad de que Colón estaba arribando a las puertas de Barcelona, acudieron al encuentro de una vistosa expedición que se acercaba a las murallas.

En ella cabalgaba majestuosamente Cristóbal Colón,<sup>1</sup> y tres pajes le servían. Cuando el Conceller en Cap lo divisó, acercósele y, saludándolo en nombre de la ciudad le rogó quisiera honrarlo acompañándolo, y así ambos penetraron, entre el griterío y los vítores del pueblo, en las calles de Barcelona.

Érase un cortejo único en número y en clase: lo abría el pendón real que enarboló la «Niña», cuando, abandonando el puerto de Palos de Moguer, navegó camino de lo ignoto. Tras él seguían marinos con sus remos, y en cestas y parihuelas frutos, plantas y animales de faunas y floras desconocidas, frutas enormes y toda clase de productos exóticos; no faltaban tampoco los metales y piedras preciosas, brazaletes, máscaras, coronas de plumas, flechas, lanzas y mazas. Armonizaban esta brillante comitiva los gritos exóticos de los papagayos, y antes que la figura de iluminado de Cristóbal Colón avanzaban, vestidos de blanco, siete indios, que iban como maravillados de todo cuanto les rodeaba. Cruzaron las calles entre incesantes aclamaciones del pueblo, hasta arribar ante el palacio real y la capilla real de Santa Águeda, frente a la cual, solemnemente, descabalgó el Almirante.

Momento emocionante: ante los Reyes retornaba triunfante aquel pobre terciario franciscano, en cuyos sueños la Reina Isabel, clarividente, había creído, en contra del parecer de todas las Cortes de Europa. Colón le ofrendaba un nuevo mundo, y España, agradecida, se lo ofrecía a Dios, y mientras el Almirante ascendía por las amplias escalinatas al encuentro de los soberanos que en su rico solio lo aguardaban, la Reina Isabel se puso en pie en homenaje a quien por ella y por gloria de su Corona había arriesgado la vida. Don Fernando no consintió que Colón se arrodillase a sus pies, y le obligaron a sentarse junto al trono.

1. Ver nota en la tercera página de la cubierta.



Se hizo el silencio completo en el augusto recinto de la que es plaza del Rey, y los soberanos invitaron al Almirante a que explicara su portentosa hazaña y las incidencias del descubrimiento, y mientras Colón empezó a describir la epopeya, fué presentándoles los frutos y la exótica fauna, los minerales y las piedras preciosas, el armamento primitivo de los pueblos descubiertos. Al final, y poseído de una emoción indescriptible, Colón llamó a los siete indios para ofrendarlos a Doña Isabel y a Don Fernando.

¡Qué magnífica visión el estrado real levantado al final de aquella amplia escalinata, flanqueado por góticos lienzos de murallas en cuyos recintos la más gloriosa monarquía del Mediterráneo tenía su morada! Frente a ella se extendía un pueblo rico que competía en valor y en trabajo con las ricas repúblicas de Venecia y de Génova, y cuyos consulados se extendían, como ya hemos dicho, por todos los puertos del Mediterráneo hasta la bizantina Constantinopla, ya en poder de los turcos.

Permaneció Colón en Barcelona hasta septiembre de 1493, en que salió para su segundo viaje a América. En el mismo año se celebraron Cortes, llamadas de Santa Ana, las que volvieron a repetirse en 15 de abril de 1503, para tratar de la guerra de Nápoles y de la defensa de Cataluña.

Con esta breve exposición se da fin a la crónica de la Barcelona de los Reyes Católicos, mas no puedo terminar sin ponderar cuanto hemos descrito, recordando que si Barcelona fué la ciudad predilecta y amada por el gran César Carlos I, nieto de nuestros Católicos monarcas, lo fué porque gracias a la política de Fernando *el Católico*, encauzando los problemas políticos del Principado, y modificando y aumentando atribuciones al Consejo de Ciento, se pudo lograr un reajuste en la vida ciudadana que permitió terminar con el desastre social en que la había envuelto la guerra civil. El dominio extraordinario que Barcelona vuelve a ejercer en buena parte del siglo XVI se debe a esta Barcelona de los Reyes Católicos, y si acontecimientos posteriores, que no son del caso, no hubiesen desviado esta línea recta, la situación artística, económica y política de Barcelona hubiese sido muy distinta de la que en el transcurso de la Historia nos ha sido dado conocer.



*Nota.* — Sobre la tan discutida venida a Barcelona, de Cristóbal Colón, puede consultarse:

- *Correspondencia de los Reyes Católicos, con el Almirante*, del 30 de marzo de 1943.
- *Historia general de las Indias*, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Madrid, 1851.
- *Varones ilustres de Indias*, elegía 1.<sup>a</sup>, canto vi, de Juan de Castellanes, 1589.
- *Cartas de Pedro Mártir de Anglesola*.
- *Dietario de Diego de Montar y Orts*, *Archivero de Barcelona*.
- *Los Condes de Barcelona vindicados*, t. II, págs. 333-4. Próspero de Bofarull, Barcelona, 1836.
- *Discurso pronunciado en sesión académica celebrada por la Universidad de Barcelona*, por don Antonio Rumeu de Armas, 16 mayo 1943.

FU-23-24